

dos, el *Edipo Rey* y la *Electra*, de Sófocles, la *Medea*, la *Ifigenia en Táurida* y *Las Troyanas*, de Eurípides, la farsa francesa medioeval de *Maitre Pathelin*, el *Buschido* japonés, la *Sakúntala*, de la India, y *El libro de Job!*

LA MEJOR SOLUCION

LA mejor solución, naturalmente, sería ensayarlas todas. La «artística» es de las que se imponen solas, y suele ofrecernos deleites incomparables. La «histórica», al contrario, triunfa difícilmente: requiere sumo tacto en la dirección escénica.

Confieso mi desmedido amor a la simplificación, relativa o absoluta. Pocas cosas me han parecido mejor que Sófocles, Eurípides, Shakespeare, Racine, sin decoraciones o punto menos. Y nada me confirma en aquella afición como el *Hamlet* de Sir Johnston Forbes-Robertson. Lo vi primero con decoraciones, y me pareció lo que todos ya concedían: el mejor *Hamlet* de nuestros tiempos. Doce años después volví a verlo sin decoraciones. Forbes-Robertson no pertenecía a los grupos innovadores. Se retiraba del teatro haciendo extensísima jira, que duró tres años, dedicada a *Hamlet*: la última representación tuvo lugar el día en que se conmemoraba el tercer centenario de la muerte de Shakespeare. En esta jira, en que a menudo se cambiaba de ciudad diariamente, las decoraciones parecieron estorbosas, y fueron suprimidas, sustituyéndolas con cortinajes de color verde oscuro, según el plan preconizado en Inglaterra por William Poel. El efecto de este *Hamlet* era cosa única en el teatro contemporáneo. La falta de accesorios estorbosos dejaba desnuda la tragedia, dándole intensidad estupenda; y el método, empleado por Forbes Robertson, de intensificar el conflicto psicológico manteniendo a los actores secundarios agrupados a corta distancia del protagonista, producía la impresión de que el drama ocurría todo «dentro de Hamlet», en la cabeza de Hamlet. Nunca comprendí mejor la idea de Mallarmé: los personajes del *Hamlet* son como proyecciones del espíritu del protagonista. Este *Hamlet* no era ya el mejor de nuestros días: es la realización más extraordinaria que he visto sobre la escena.

EN LOS PAISES ESPAÑOLES.

¿No estarán maduros los tiempos, en los países de lengua española, para la renovación del escenario? Tal vez sí. Sé que no faltan intentos, como la *Fedra* de Unamuno, en el Ateneo de Madrid. Una que otra vez, las empresas de teatro procuran, con poca fortuna, salirse de los carriles gastados. Todo ello, por desgracia, es demasiado poco.

Y sin embargo, el deseo de renovación está en el aire. Tal vez para realizarlo y evitar la torpe intervención de espectadores inadecuados e innecesarios, se debería comenzar, como en otras partes, por representaciones especiales: a éstas sólo se admitiría a los devotos, constituidos previamente en sociedad. Las buenas compañías dramáticas, con el apoyo de la sociedad, de seguro no correrían riesgo dedicando dos o tres tardes por mes a obras escogidas, representadas conforme a las técnicas nuevas.

Gran devoto de la utopía—de la utopía, que es una de las magnas creaciones espirituales del Mediterráneo,—Azorín ha creado ya, bautizándolo con el nombre de *Idealidad*, el teatro a que aspira la España nueva. Y si no fuese ya perfecto, como todas las utopías, hasta pudiera merecer su proyecto el nombre útil, a la vez que deleitable, porque contiene una preciosa antología de dra-

mas. ¡La encantadora lengua de las emociones, en la prosa de las tragedias imitadas de los griegos por el maestro Oliva!

...Hace unos treinta años, decía don Marcelino Menéndez y Pelayo que *La Celestina* acaso no fuera representable «dentro de las condiciones del teatro actual, mucho más estrecho y raquítico de lo que parece». Pero agregaba: «¿quién nos asegura que esa obra de genio, cuyo autor... entrevió una fórmula dramática casi perfecta, no ha de llegar a ser, corriendo el tiempo, capaz de representarse en un teatro que tolere una amplitud y un desarrollo no conocidos hasta hoy?»

EN MEXICO

MUCHOS pensarán, tal vez, que en México no haya nada que citar sobre renovación del escenario. La mayoría no podrá recordar sino, a lo sumo, intentos de modernismo en revistas y zarzuelas. Hay, sin embargo, dos ensayos dignos de atención: uno, el de la compañía Rivas Cacho en el Teatro Lírico, en 1921; otro, el teatro de los indios, instalado en Teotihuacán por el dramaturgo Saavedra y el pintor González. En ambos casos, el interés estriba en el empleo de elementos mexicanos para fines de decoración del tipo «artístico».

En México, pues, podrían desarrollarse con éxito dos formas de renovación. Una, la simplificación que me atrevería a recomendar a los estudiantes universitarios. ¿Por qué no hacen aquí teatro los estudiantes? De ellos nacen, en otros países, actividades teatrales de mucho interés. Otra fórmula, la «artística» con elementos mexicanos: es justo pedir que, junto a los frutos de madurez que en otros órdenes produce ya el nacionalismo mexicano, el teatro dé también los suyos y comience a participar en el ensayo de civilización nueva.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

(El Mundo. México, D. F.)

Envío

Escasú, 30 de enero de 1924.

Señor don J. García Monge,
Director del
REPERTORIO AMERICANO
San José.

Don Joaquín: Ud. conoce más que cualquiera las enormes dificultades con que se tropieza para hacer una revista como yo pretendía que fuera *Filosofía y Letras*. Revista múltiple en la cual fuera posible comentar los últimos movimientos filosóficos, literarios y científicos de la época, de manera que entrase en ella lo mismo que Einstein, la producción metafísica nacional con toda la audacia a que fuera posible aspirar. Y hablo de metafísica, por lo que toca a mis propias producciones, sometidas durante meses y meses al cartapacio de las cosas inéditas. Yo sé que el público prefiere, en la hora presente, sobre lo interesante y trascendental, lo agradable; pero esto no es razón suficiente para que la producción del país no tenga una puerta amplia de salida al público. Esto me inducía a editar una revista de tal género.

Trabajé con objeto de que mis amigos del exterior me enviaran artículos inéditos y vinieron. Se los envió para el REPERTORIO, que es la publicación más noble y más prestigiada de la República. Estimo que esos egregios amigos y escritores estarán más satisfechos de verse editados en el REPERTORIO; y, con toda justicia. En dos números de su revista sería posible publicar el material conservado. Para facilitar su distribución le propongo para el primer número: 1º Carta del Dr. Varona; 2º *Atenas bajo la demagogia*, capítulo inédito de un libro de Lles y Berdayes, este otro admirable escritor cubano; y 3º los versos de la poetista que presente Lles en carta que me dirige. Después le enviaré el material precioso que tengo para el segundo número.

Le anticipa mil gracias su amigo de siempre,

M. VINCENZI

Rodó y el sentido clásico...

(Viene de la página 312).

mente combatida por la alta sociedad y los intelectuales de arraigo patriótico. Aunque Rodó no fuera por cierto un cristiano de profesión o de testimonio, opinó que este acto, dictado por un estrecho espíritu sectario, iba en contra del unánime consenso de la opinión pública sobre la personalidad única de Cristo, venerado aun por anarquistas, socialistas y positivistas. Consecuente con su delicada probidad intelectual y moral, protestó vigorosamente contra la ejecución de esa medida en gran número de ensayos que cosecharon para él la estima general de la sociedad más seria y consciente del país. Desde ese momento fué, como Carlos María Ramírez, esa otra cumbre del pensamiento uruguayo, un portavoz de la conciencia nacional. En 1909 apareció su obra de más volumen y aliento: *Motivos de Proteo*. En carta hermosa y de substancia, como todas las suyas, al autor de este ensayo, dícele haber puesto allí lo más intenso y acabado de su labor hasta esa época. Estamos en el año 1909, días de oro aun para nuestra humanidad. Con más amplio horizonte y más reposo que en *Ariel*, para seguir el mismo brillante hilo de su palabra, tiende la vista por parecidos campos de meditación y de prédica, aunque concretándose especialmente esta vez a la cultura del propio yo; a la formación de la personalidad, honda y firmemente desenvuelta, mediante una incesante y orgánica renovación. Predicaba la acción, la esperanza y el amor a la vida, porque creía, según su propio entender, que tal era el rumbo por donde haríamos obra de espíritu realmente «americano».

Ese ideal, que también es el mío, nos vinculó desde el primer estudio. *Vida nueva*, y la lectura de *Proteo* sirviéronme para reconocer todavía más estrecho ese lazo de afinidad espiritual. Recuerdo haber puesto en la primera página de este libro una sugerente imagen que representa una multitud de niños de coro entonando un cantar solemne. Así se me hace el asunto de esta obra que toca en su conjunto todos los temas interesantes para el espíritu humano. Alcanzó inmediatamente el mismo éxito de *Ariel*. Rodó volvió a encontrar otra vez la dono-